

EL VALLE DEL TERROR



Por Arturo Conan Doyle

PARTE II

Los Scourers

SUMARIO DE LA PARTE I

Apenas acaba de descifrar *Sherlock Holmes* una comunicación extraña, en la que se le dice que un rico caballero de la campaña está en peligro de muerte, penetra en su estudio un Inspector de la Policía de Londres por medio del cual sabe que Mr. John Douglas ha sido asesinado durante la noche, es decir, que el crimen probable á que alude el criptógrafo ha sido consumado.—El Inspector Mac Donald lo invita á dirigirse los tres (*Watson inclusive*) á Birlstone, lo que se acepta. Despues de prolíficas investigaciones resulta que el cadáver no es el de Mr. John Douglas á pesar de las afirmaciones de todas las personas del castillo, inclusive la señora Douglas—y Holmes llega á la conclusión de que Douglas está escondido allí mismo y es invitado á la señora ó que lo llame y se presente. Así ocurre. El cadáver es el de un enemigo implacable que macho se le parecía y que quiso asesinarlo. Al aparecer entrega á Watson un rollo de manuscritos en los cuales explica los motivos de su establecimiento en Birlstone; en una palabra, su biografía. Esto es lo que contiene la 2.^a parte de esta obra.

CAPITULO VII

De cómo cayó Birdy Edwards en la trampa

Los hombres llegaron á la hora convenida. Por su exterior, parecían ciudadanos respetables, bien vestidos y bien limpios; pero un buen juez de fisionomías habría podido leer pocas esperanzas para Birdy Edwards en esas bocas rígidas y ojos sin remordimiento. No había en la sala un solo hombre cuyas manos no se hubieran ensangrentado una docena de veces. Estaban tan habituados á matar hombres como lo está á los carneros un carnicero. Sobresaliente, claro está, en la apariencia tanto como en el crimen, aparecía el formidable Patron. Harraway, el Secretario, era un hombre flaco, desagradable, de cuello largo, descarnado, y miembros nerviosos con movimientos espasmódicos—hombre de fidelidad incorruptible en lo que concernía á las finanzas de la Orden, y sin noción alguna de justicia ni de honradez para todos los demás. El Tesorero, Carter, era un individuo de edad mediana, de piel apergaminada, amarilla, y expresión impasible, bastante ágria. Era buen organizador, y los detalles de casi todos los asaltos habían salido de su cerebro intrigante. Los dos Willabys eran mo-

zos de acción, altos, flexibles, de caras decididas, mientras que su compañero, el Tigre Cormac, jóven pesado, oscuro, era temido hasta por sus mismos camaradas por la ferocidad de su carácter. Estos fueron los siete hombres que se reunieron aquella noche para asesinar al detective de la Pinkerton.

Su huésped había colocado whisky sobre la mesa, y se habían apresurado á sentarse para llevar á cabo la hazaña en perspectiva. Baldwin y Cormac ya estaban medio borrachos, y el aguardiente les había despertado toda su ferocidad.

Durante un momento, Cormac colocó las manos en la estafa, la que había sido encendida, porque las noches primaverales todavía eran frías.

—“Con esto será bastante”—dijo, agregando un juramento.

—“Ya lo creo.”—dijo Baldwin, interpretando su idea.—“Si se le ata á esa con una correa, le arrancaremos toda la verdad.”

—“Le hemos de arrancar la verdad, no se preocupe.”—dijo Me Murdo. Este hombre tenía nervios de acero, porque, aunque todo el peso del asunto gravitaba sobre él, sus modos eran tan frescos e indiferentes como siempre. Los demás lo observaron y lo felicitaron.

—“No hay duda de que Vd. es el que debe manejarlo”—dijo el Patron, en tono aprobatorio.—“Ni una sola amonestación recibirá hasta que tenga su mano de Vd. en la garganta. Es una lástima que á sus ventanas les falten postigos.”

Me Murdo se acercó á cada una de ellas y estiró más las cortinas.

—“Seguro de que nadie se va á poner á espiarnos en estos momentos. Se acerca la hora.”

—“Quizá no venga. Quizá hsmee algún peligro.”—dijo el Secretario.

—“No hay cuidado; ha de venir.”—repuso Me Murdo.—“Está tan ansioso por venir, como pueden estar Ustedes por verlo. Oigan!”

Todos parecían figuras de cera, algunos de ellos con los vasos á medio camino de los labios. Tres fuertes golpes acababan de sonar en la puerta.

—“¡Sehit!”

Me Murdo levantó la mano en señal de precaución. Una mirada de triunfo recorrió el círculo, y las manos se dirigieron a las armas ocultas.